

El indisciplinado ejército, que en 28 de abril había dado sus primeras señales de vida en Mons y Tournay, no ofrecía probabilidad alguna de una heroica resistencia. La afirmación de que un ejército tan desorganizado, al primer ataque se dispersaría y en parte se pasaría al enemigo, no era, antes del 20 de setiembre, tan ridícula como pareció después. Los 42,000 hombres con los cuales Federico Guillermo II debía entrar en Francia y á los cuales habían de auxiliar ó asegurar la retirada los 100,000 austriacos que se encontraban en Bélgica y en Bresgan, hubieran sido un contingente escaso para una guerra nacional; pero como ejército auxiliar de la Francia realista contra el jacobinismo, que carecía de ejército, parecían suficientes, además de que el nombre del general en jefe que los mandaba valía por sí solo todo un ejército.

El duque Carlos Guillermo Fernando de Brunswick, antes de la publicación de su manifiesto era muy popular entre los políticos de todos los partidos de Francia y gozaba de incondicional confianza y de ilimitada consideración, como no las había gozado entre los franceses otro extranjero fuera del mariscal de Sajonia. Los franceses, con cuyos pensadores y escritores estaba ligado por relaciones personales, le consideraban como la mejor espada de la escuela de su tío Fernando y de Federico el Grande, como el gobernante más noble de Europa, y sobre todo, como un ardiente amigo de Francia, de su independencia de espíritu y de su civilización, que fué la norma de su sistema de gobierno. Se recordará (1) que para reorganizar un ejército realista el conde de Narbona había pensado excitar la afición guerrera de la Asamblea: para esta obra necesitábase un hombre cuya respetabilidad y cuyos servicios fuesen tan indiscutibles que su nombramiento no motivara oposición alguna, y había creído encontrarlo en el duque de Brunswick, á quien pensaba darle una posición como la que en otro tiempo había ocupado el duque de Sajonia al frente del ejército francés. Para atraerle á su proyecto envió, en enero de 1792, á Brunswick al joven Custine, el cual, á pesar de toda su elocuencia, no logró hacerle abandonar el servicio de Prusia (2). El juicio que el duque, al cual apreciaban los girondinos y admiraba Dumouriez, merecía, aun de parte de los mismos jacobinos, está demostrado en las frases con que el periodista radical Carra le aludía en julio de 1792, antes de la publicación del manifiesto: «Quizás no le falta más que una corona para ser, no quiero decir el rey más grande, pero sí el restaurador de la libertad en Europa. Si viene á París, apuesto á que su primer acto será presentarse entre los jacobinos y ponerse el gorro frigio (3).» Según Mallet du Pan, Condorcet, Brissot y Sieyès habían concebido el plan de hacerle rey de Francia (4).

¿Qué actitud observó el duque ante esta campaña? En su última entrevista con Custine (fines de febrero de 1792) había dicho que estaba muy lejos de creer que la indisciplinada del ejército francés fuera tan fácilmente como decían los emigrados causa de una derrota; que quizás la guerra misma pondría remedio á esta calamidad; que el valor de los franceses, excitado por un sentimiento de patriotismo, recobraría sin duda su antigua energía; que si él hubiera de atacar á Francia, se guardaría muy bien de derribar nada y de probar la suerte en las batallas, en las cuales interviene siempre la casualidad; que una batalla ganada por los franceses aniquilaría á los agresores, al paso que una batalla perdida por Francia no significaría la ruina de esta nación; que su plan consistiría, por tanto, en conservar durante mucho tiempo en las fronteras

grandes ejércitos, tomando con ellos posiciones en las cuales no hubiera que temer ningún ataque y esperando desde allí la derrota de los franceses producida por sus discordias civiles y por la bancarrota (5).

Estas palabras son la clave del escrito que en aquellos días (19 de febrero) envió el duque al rey de Prusia (6), cuyo preámbulo decía así: «Si en el ejército francés no se hubiera perdido toda disciplina; si el espíritu de partido no dominara en él; si los oficiales que antes se encontraban en ese ejército y que eran sus pastores, estuvieran todavía al frente de los regimientos y de los cuerpos; si, por último, todos estos ejércitos estuviesen mandados por generales hábiles y expertos, y hubiera de lucharse contra la monarquía francesa y no contra el partido hoy dominante en Francia, es indudable que nuestra empresa tropezaría con innumerables é indecibles dificultades y que las potencias aliadas deberían movilizar fuerzas mucho mayores de las que actualmente tienen á bien poner en pie de guerra. Pero dado ese estado de cosas, en que Francia ha arrojado de su seno á sus mejores jefes, oficiales y soldados, en que la discordia y el furor de los partidos dominan entre todas las clases del pueblo, y en que disminuye de día en día el crédito público, las dificultades que hay que vencer son indiscutiblemente de mucha menor importancia.»

Con esta consideración satisfacía el duque los escrúpulos de su conciencia, la cual le decía que una guerra ofensiva contra Francia ó no podía en absoluto hacerse ó había que hacerla con un número muy grande de fuerzas. Como este dilema no fué admitido por el rey, preparó, para la campaña que había de emprenderse con 100,000 hombres, un plan que permitía satisfacer del modo más inofensivo posible el deseo que de luchar tenía el monarca. Este plan no llegaba más que hasta el Mosa, y antes de atravesar este río (cerca de la comarca de Verdun) debía resolverse la cuestión de la unión con los austriacos y saberse al mismo tiempo las intenciones y fuerzas del ejército enemigo. En 19 de febrero escribía al general Bischoffwerder (7): «Cuando hayamos llegado al Mosa, estudiaremos las circunstancias y veremos qué medidas deben adoptarse para proseguir la campaña. Mejor que yo comprendereis la poderosa influencia que en las operaciones de los ejércitos pueden tener la opinión del interior del país y la mayor ó menor disposición de los que han de poner en nuestras manos las llaves de algunas plazas fuertes. Bueno sería que se dirigiera un manifiesto á los guardias nacionales diciéndoles que la guerra no se hace contra la nación, que nadie quiere atentar contra la libertad de la Francia ni destruir su Constitución, y que solo se reclama justicia contra las injusticias cometidas respecto de los príncipes alemanes que tenían posesiones en Alsacia.»

Si comparamos estas palabras con las manifestaciones hechas á Custine veremos la idea que el duque tenía formada de la campaña. Nada decía de una marcha sobre París para libertar al rey y destruir la nueva Constitución; nada de sojuzgar á la Francia ni de reconquistar los antiguos territorios del Imperio; de manera que no se trataba de una guerra nacional ni de una guerra de principios, sino solamente de una marcha hasta el Mosa. ¿Pero con qué objeto? A esta pregunta contestaremos, según el mismo modo de pensar del duque: Para saber sin grandes sacrificios ni peligros si Francia pensaba realmente ó no como decían los emigrados; para saber si

(5) Custine á Delessart, 24 de febrero de 1792. En Sorel, *Revue historique*, I, pág. 176.

(6) Insertado en Massenbach: *Memorias sobre mis relaciones con el Estado prusiano y especialmente con el duque de Brunswick*. Amsterdám, 1809, I, págs. 268-274.

(7) Massenbach, obra citada, pág. 267.

verdaderamente las fortalezas capitularían espontáneamente; si los ejércitos huían ó se pasarían al enemigo; si la población se agruparía alrededor del rey de Prusia, aclamándole libertador y llevándole en triunfo á París, ó si todo esto no era más que una ilusión (1) y una farsa de engañadores engañados. Si era cierto lo que los emigrados afirmaban, Bouillé podía considerarse dueño de las llaves de todas las plazas fuertes francesas y se podía marchar inmediatamente sobre París; de resultar falsas sus afirmaciones, al llegar al Mosa era fácil emprender una retirada, si no con gloria, á lo menos con escasas pérdidas. De esta suerte nos explicamos la idea que guiaba al duque al consentir en la guerra que tanto deseaba el rey, pues al hacerlo así, procedía con la intención secreta de mantener la lucha dentro de estrechos límites y de no incurrir en precipitaciones ni aventuras.

Los primeros pasos que en el territorio francés se dieron justificaron los temores del duque.

En el cuartel general del rey de Prusia encontrábase un hombre de gran fama en aquel tiempo: el joven secretario de gabinete Juan Guillermo Lombard (2), el cual escribía desde Chenière (entre Thionville y Longwy) en 20 de agosto: «Ayer por la mañana hemos entrado en Francia, pasando entre dos plazas fuertes, Longwy y Thionville: el primer punto en que hemos pernoctado ha sido la pequeña aldea de Tiercelet, donde no hemos encontrado más que mujeres y niños: todos los hombres habían huido, probablemente al bosque, pues muchos de nuestros merodeadores fueron en él heridos sin que supieran de dónde venían los tiros. Lo propio ha sucedido en toda la comarca. En las aldeas donde se habían quedado los hombres, se disparaba desde las ventanas sobre nuestras tropas, y hasta en las casas abandonadas, en las cuales nos aventurábamos á pasar la noche, después de haberlas registrado minuciosamente, encontramos montones de pólvora, proyectiles y armas. No cabe pues abrigar la menor duda sobre la opinión que prevalece, por lo menos en esta parte de la frontera.» Este recibimiento público no permitía afirmar que los extranjeros fuesen esperados «con impaciencia», según decía el manifiesto, como libertadores.

En la pequeña fortaleza de Longwy había una guarnición compuesta tan solo de cuatro batallones. Este puñado de hombres contestó á las intimaciones de rendición que se le dirigieron con un fuego incesante; y solo cuando cayeron dos bombas que mataron ocho hombres y siete mujeres é incendiaron varias casas, las torturas morales obligaron, en 23 de agosto, á la población á rendirse (3).

La fortaleza de Montmedy tampoco pensó en capitular. El duque ordenó á los austriacos del general Elerfayt que la sitiaron y se retiró á Verdun, plaza que, después de haber sido bombardeada durante la noche del 31 de agosto al 1.º de setiembre, capituló el día 2 de este mes, cuando lleno de desesperación se hubo suicidado el comandante Beaurepaire disparándose un tiro en la cabeza (4). El mismo día 2 co-

(1) Bajo la impresión de los sucesos de Mons y Tournay (véase más arriba), decía Bischoffwerder á fines de mayo á Massenbach, *Mém.*, I, 27: «No compreis demasiados caballos: la comedia no durará mucho; París está todavía sumido en el delirio de libertad; el ejército de abogados ha sido derrotado en los Países Bajos; en el próximo otoño estaremos de regreso.»

(2) Nació en 1.º de abril de 1767; era hijo de un peluquero; llegó á ser en 1786 escribano y en 2 de diciembre del propio año secretario de gabinete. Acerca de él y de sus cartas de 1792, véase H. Hüffer: *De la sucesión del consejero secreto de gabinete prusiano J. W. Lombard. Cartas del cuartel general de Federico Guillermo II durante la campaña de 1792 en Francia*. *Revista alemana*, 1883, VIII, págs. 234 y 239. Véase también H. Hüffer: *Campaña de Goethe en Francia*. Anuario de Goethe, IV, 1883.

(3) *Tableau historique de la guerre de la révolution*, II, pág. 83.

(4) *Tableau historique de la guerre de la révolution*, II, pág. 83.

menzaron en París los asesinatos en las cárceles; y el terror que produjeron acabó con toda idea que pudiera abrigarse de un levantamiento contra los jacobinos.

El experimento político-militar que había hecho el duque de Brunswick estaba en vísperas de resolverse. Su confidente, el mayor Massenbach, dice acerca de la marcha de Longwy á Verdun «que no la habían motivado razones militares sino el deseo de mostrar á la parte sana del pueblo francés que el salvador se aproximaba y que contaba con una explosión en el interior (5).» Un general «que desde sus primeros años estudió el arte de los héroes de todos los tiempos, no á la débil luz de la lámpara que alumbraba un oscuro gabinete de estudio sino á la luz del sol de la experiencia y en los campos de batalla de Minden y Krefeld», no podía, dice Massenbach, por razones militares marchar de Longwy á Verdun habiendo un ejército enemigo en Sedan y otro en Metz y teniendo á sus espaldas á Thionville. Por el contrario, debía, según las reglas de la estrategia de la época, considerarse como «objetivos principales de sus operaciones» las plazas de Thionville, Montmedy, Sedan y Mezières. En una palabra, el duque se presentó en Verdun como «un general que hace una tentativa meramente política.» En la noche del 1.º de setiembre reunió á los emigrados para leerles el texto del manifiesto.

El príncipe heredero de la corona, que fué después el rey Federico Guillermo III, nos dice en su diario (6) que estando en la tienda del rey «les preguntó el duque con acento de dura reconvencción ¿qué había sido de sus promesas, qué de sus inteligencias en el país, qué de las buenas disposiciones de los comandantes de fortalezas, qué del descontento de las tropas de línea respecto de la actual Constitución, qué de las opiniones realistas de la mayoría de la nación? Añadió que nunca hubiera sido su intención proceder tan precipitadamente y cometer la falta de dejar á sus lados y detrás de sí importantes plazas fuertes si ellos no hubiesen engañado al rey con sus infundadas y prematuras esperanzas y si no hubieran pintado la expedición como tan poco importante y rodeada de tan pocas dificultades.»

La acogida que tuvieron los prusianos en Verdun fué todavía peor que la que habían tenido en Longwy. «Fuimos recibidos, dice Massenbach, con indignación y reprimido furor. La guarnición, al abandonar la plaza, nos dijo: «¡Hasta las llanuras de Chalons!» y durante la noche uno de nuestros camaradas fué muerto de una puñalada en la espalda, que le asestó un habitante de Verdun con la perfidia de un bandido.» Sin embargo, algunas damas de la alta sociedad ofrecieron al rey flores y refrescos, y el príncipe heredero pudo pasar, en el seno de una amable familia, agradables horas, de las que conservó grato recuerdo. Entre tanto, la conducta de los hombres siguió siendo fría, si no tan hostil como en el primer día.

La prueba que había querido hacer el duque se había verificado y el resultado había destruido las ilusiones que hubieran podido forjarse. La Francia monárquica, de cuyos deseos de ver á un libertador del rey habían hablado tanto los emigrados, no parecía en parte alguna, encontrándose en su lugar por doquiera un espíritu revolucionario acerca de cuyas tendencias no cabía abrigar la menor duda. Una tentativa única que había hecho Lafayette para promover en el ejército y en los departamentos un levantamiento contra los vencedores del 10 de agosto, había terminado con el destierro y la fuga de los traidores. El auxilio armado que de los aus-

(5) *Mémoires*, I, págs. 40-41.

(6) *Recuerdos de la campaña en Francia*. De la herencia militar de S. M. el rey Federico Guillermo III. *Semanario militar*, noviembre y diciembre de 1846.

triacos se esperaba no llegó. Ciertamente se presentó el general Elerfayt; pero en vez de 25,000 hombres solo llevaba 8,000, y el príncipe Hohenlohe-Kirchberg avanzó hacia el Rin, pero no con un verdadero ejército sino con un cuerpo que apenas contaría 28,000 hombres, sin artillería de sitio y con muy escasa artillería de campaña (1). Marchar sobre París con tan pocas fuerzas cuando salía un ejército de Metz y otro de Sedan mandados el uno por Kellermann y el otro por Dumouriez, pareció al duque de Brunswick una temeridad, y

cumpliendo su deber explicó al rey el valor de los experimentos hechos, cuya gravedad ya no podía ocultarse a nadie, pintándolos con tan vivos colores que el monarca no quiso seguir el camino emprendido. El defensor y admirador del duque, Massenbach, asegura (2) que estando todavía en el campamento de la costa de San Miguel, es decir, antes de ser tomada Verdun, y en presencia del príncipe heredero de Hohenlohe, del príncipe Luis de Baden, del príncipe de Nassau y de los generales franceses emigrados Lambert y



Conduccion de la familia real al Temple

Ponilly, sostuvo el duque con gran energía que era una «idea insensata» querer llegar hasta París con tan pocas fuerzas y que la situación de las cosas hacía indispensable dar a las operaciones una dirección «sistemática», apoderándose de Montmedy, Sedan y Thionville. Añade Massenbach que en aquel mismo día tuvo una entrevista con el rey, a quien no pintó con tanta energía la imposibilidad de marchar sobre París. «Con el rey usó un lenguaje tan humilde que su opinión siempre se presentaba en la forma de conjetura: este rasgo lo he notado constantemente en el duque.» Las debilidades de carácter del duque, el cual nunca mostró en presencia del rey la independencia de una firme convicción, eran debidas á que Federico Guillermo II tenía todavía las ilusiones de una expedición triunfal y liberadora, y á que en-

(1) Massenbach: *Mém.*, I, pág. 44.

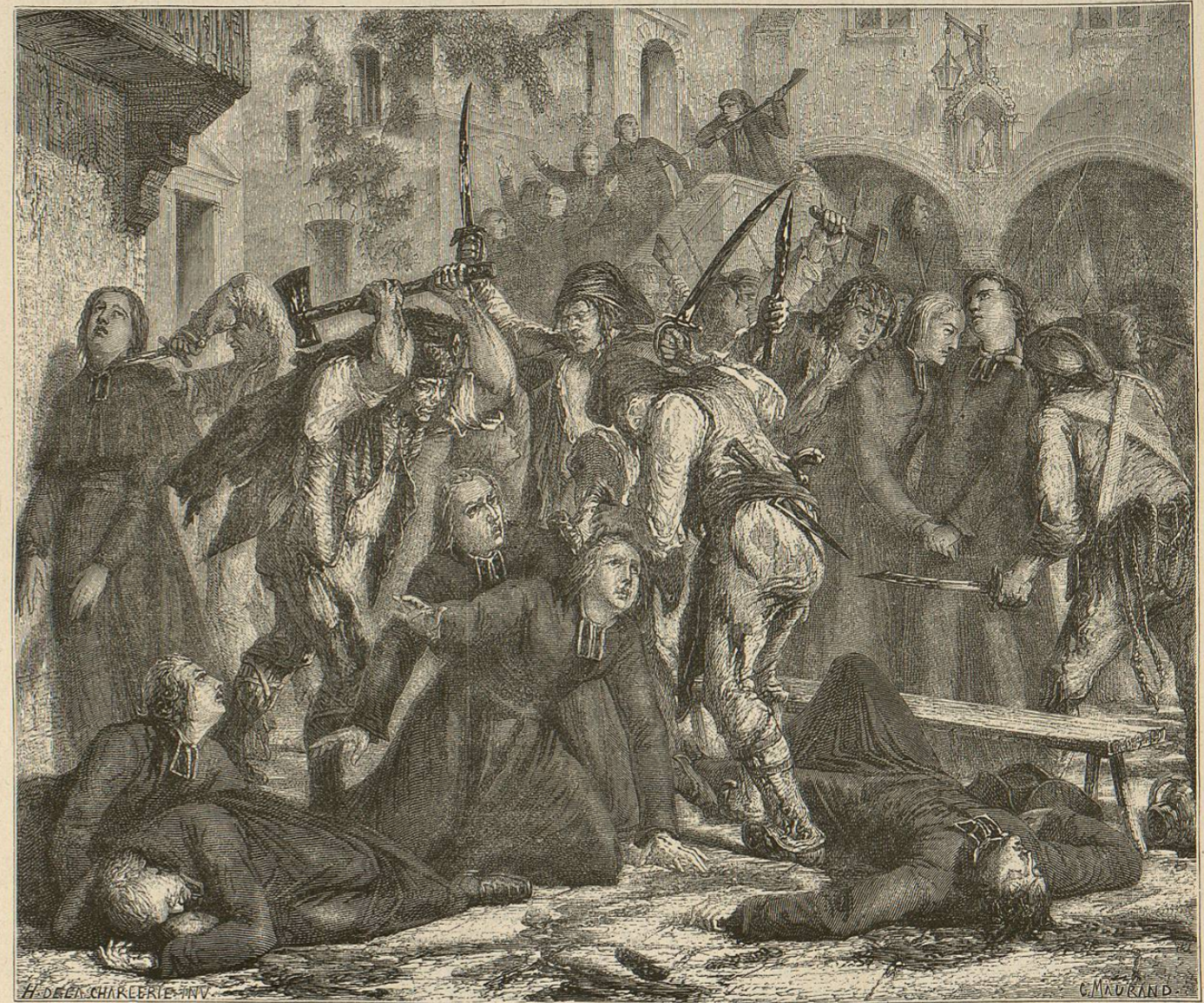
tonces se había ya acordado que el ejército pasara el Mosa. Su oposición al conjunto de operaciones que habían de comenzar fué causa de que se perdiera un tiempo durante el cual habrían podido ocuparse sin lucha alguna los pasos de las selváticas montañas de los Argonnes, las *Termópilas francesas*.

Pero todo el tiempo que se había perdido en Verdun con diez días de vacilaciones, y en los Argonnes no aprovechando las ventajas que ofrecían, podía recobrase de un solo golpe cuando los prusianos (20 de setiembre) vieron penetrar á todo el ejército enemigo, mandado por los generales Dumouriez, Kellermann y Beurnonville, en la sierra de los Argonnes, teniendo cortada su retirada hacia Chalons y París y habiéndose puesto en una situación desesperada entre Valmy y Sainte-Menehould.

(2) *Memorias*, I, pág. 47.

En las alturas de la montaña del Molino de viento de Valmy, Kellermann había agrupado sus tropas en compactas masas, teniendo delante á los prusianos, detrás sus bagajes, que le impedían retirarse á Sainte-Menehould y acudir al socorro de Dumouriez, á un lado pantanos sin caminos y al otro un solo puente sobre el Aube (1). Encontrábase, pues, con todo su ejército en una ratonera, por decirlo así, cuando en la mañana del 20 de setiembre llegaron á él los primeros proyectiles del ejército prusiano. Una espesa niebla impedía

ver los movimientos de los franceses, cuando la vanguardia prusiana se extendió por las alturas de La Luna y disparó sus cincuenta y ocho piezas de artillería. A las siete de la mañana, hora en que la niebla se disipó, los prusianos hicieron mas vivo el fuego, siendo contestado con no menos energía por los franceses, sin que en ninguno de los dos ejércitos ocurrieran grandes pérdidas. A las diez fué muerto por una bala enemiga el caballo que montaba Kellermann, y unas granadas explosivas hicieron volar dos de sus carros de pó-



Jornadas de setiembre.—Matanza de clérigos

vora. Gran número de soldados fueron muertos ó quedaron mutilados; entre los bagajeros entró una confusión espantosa, echando muchos á correr con los carros, y una parte de la infantería hizo un «movimiento de retroceso», según expresión de una relación francesa (2), desapareciendo la línea de batalla organizada por Kellermann. El fuego de sus baterías cesó en el momento mismo en que los prusianos formaban tres columnas para dar el asalto á las alturas. En efecto, avanzaban los prusianos con las banderas desplegadas y á tambor batiente, pero apenas habían andado doscientos pasos hicieron alto, y este alto decidió la jornada. Keller-

(1) Sybel, I, pág. 559.

(2) *Tableau historique*, II, págs. 114-115.

mann, que había conseguido restablecer el orden en su infantería y en el tren de bagajes y redoblar el fuego de sus cañones, formó tres columnas de un batallón de frente para recibir con las bayonetas á los prusianos cuando estos llegarán á la cima del cerro. El grito de: «¡Viva la nación!» dado por él y contestado por todas las tropas, corrió como descarga eléctrica de un extremo á otro de la línea de batalla. Mantenerse firmes era todo lo que podía hacerse en aquella situación: los franceses se mantuvieron firmes y los prusianos no dieron el asalto. Hasta las cinco de la tarde retumbaron sus cañones en competencia con los de los franceses, y en este cañoneo consistió toda la batalla del 20 de setiembre. Lombard dice que ningún militar recuerda un combate parecido. «Era una cosa admirable por nuestra parte